

# Borrado (Effacé)

Max Dario



# Capítulo 1

## Prefacio

- Hoy es el cumpleaños de tu padre, vamos a celebrarlo con un almuerzo familiar.
- Ahh, sí? No lo sabía
- Siii, tendremos un almuerzo familiar
- Nadie me dijo nada
- Opssss, lo habrán olvidado.

Fue así como descubrí que mi padre tendría su almuerzo familiar el 7 de agosto. Mi abuelito materno era también Leo según el horóscopo; él era una de mis personas favoritas del mundo. Fue un sabio; antes que los científicos hablaran sobre Pangea, para mi abuelito era evidente que los continentes estaban conectados como un rompecabezas, o que las enfermedades podían ser atribuidas a los genes, o la existencia de conocimiento transmitido por el ADN.

Mi padre es otro hombre Leo en la familia y al igual que mi abuelito, este también es un sabio versado en temas diversos sobre arquitectura, ingeniería y cultura.

Yo como buen canceriano soy la madre del zodiaco e intento proteger a todo mi entorno, falla genética o transmisión de recuerdos por mi ADN que me hace ser hipersensible sentimentalmente hablando.

Imagino que el almuerzo de cumpleaños organizado para mi padre era una reminiscencia de aquel celebrado antes de la pandemia de la covid19 en la que todos reían y festejaban al homenajeado augurándolo larga vida, salud y que se cumplan sus deseos. Entiendo que ese fue el motivo de mi no invitación, para tener una aparente tranquilidad, como si yo no existiera ni fuera parte del deseo que aquel cumpleaños pre-pandemia mi padre exprimíó para sus adentros: ¡quiero enmendar mis errores pasados!

Saber que quizás siendo este su último cumpleaños yo no estaría presente ni aún en videoconferencia (estoy a 11.0000 kilómetros y con 7 horas de diferencia horaria) y enterarme que nuevamente estaba siendo borrado por mis hermanos hizo que el sonido de mi corazón resquebrajándose retumbara entre las 4 paredes de mi casa.

Volví a ser borrado y es aquí donde mi historia comienza.

## Capítulo 2

Nací en Quito, en el seno de una familia católica y tradicionalista. Las tradiciones se respetan a rajatabla; no hacerlo representaría salir de un sistema que nos fue impuesto por nuestros ancestros que a base de arduo trabajo lograron sacar adelante nuestra familia.

Me considero un hombre corriente a pesar de que junto con mis hermanos tenemos coeficientes intelectuales elevados por sobre la media, quizás una de las ventajas de la mezcla de etnias y razas que tenemos la mayoría de los ecuatorianos; si me remonto a mis ancestros tengo un porcentaje de sangre europea, quizás vikinga, aunque un viejo refrán dice "Quien no tiene de Inga, tiene de Mandinga" lo que quiere decir, que todos tenemos algo de indio o negro en la sangre.

Sobre este tema, desde mi pubertad he visto las corridas de toros como una tradición bárbara. No entiendo cómo la gente puede apreciar y ver el sacrificio de un toro que ha sido criado solamente para este ritual; muy distinto era el espectáculo al que solía ir de niño con mi abuela paterna para ver a los Enanitos Toreros, esos personajes me parecían divertidos y hasta podría creer que el torete se la pasaba muy bien pues al final recibía también los aplausos del público.

En fiestas de Quito todos los quiteños nos sentimos más españoles que los mismos conquistadores; usamos sombrero, escuchamos sevillanas y flamenco y tomamos sangría en botas; nos falta el jamón serrano que debido al precio nos debemos contentar con una buena fritada y en lugar de cayos a la madrileña tenemos guatita con arroz y huevo. En fin, esta es nuestra querida ciudad de Quito.

Desde pequeño me gustó integrarme a las conversaciones de los mayores porque aquellas con mis compañeritos de juego me parecían faltas de creatividad, inteligencia y superfluas. Prefería escuchar y de vez en cuando opinar sobre los debates de metafísica, política, religión y acerca de la vida y la muerte. Aprendí a leer como cualquier otro escolar ecuatoriano y empecé a devorar libros con los que viajaba en el tiempo y el espacio. No lograba entender por qué los libros de enseñanza nos obligaban a quedarnos con "mi mamá me mima" y "mi mamá amasa la masa" cuando podía adentrarnos desde pequeños a explorar el mundo real. Quizás fui muy adelantado para mi edad...o quizás al ser el tercero de cuatro hermanos aprendí al mismo tiempo que mis dos hermanos mayores escuchándolos repasar las materias antes de merendar; al final del día yo ya sabía la lección que tendría que recitar en años posteriores cuando sea mi turno de estar en ese curso superior.

Uno de mis primeros recuerdos, y vaya que tengo muchos desde la pronta edad de 3 años, es la de negarme a comer con las manos. Si hay algo que

no puedo soportar es tener los dedos llenos de comida o comer todo con cuchara, quería imitar a los mayores porque creía ser uno de ellos. Hasta el día de hoy, inclusive los camarones reventados, la hamburguesa o el pollo asado lo como con cubiertos. Este punto no lo comparto con mis otros hermanos pues ellos son más "todo terreno" y se adaptan fácilmente a los cambios. Yo por el contrario he tratado de seguir con las tradiciones y desafiarlas me ha resultado muy difícil a menos que encuentre un detonante que me haga cambiar de rumbo para retomar mi zona de confort.

Esa búsqueda de conocimiento y de nutrir mi cerebro me llevó a juntarme con mi hermano mayor, Edwin, el revolucionario. Admiro su discurso inteligente, mordaz e insolente. Ha vivido llevando el estandarte de ser el primero de la nueva generación y de ser el émulo de nuestro padre, quien para todas las personas que conozco es considerado como un erudito, cultivado e impoluto. "Tienes que ser como tu padre" ha sido la orden permanente que todo el mundo ha intentado grabar en su mente y tal como un mártir moderno ha rechazado hacerlo mismo si ello conllevara a castigos en casa. Recuerdo una vez que nuestro padre cansado de todas las quejas de los maestros llegó a casa convertido en demonio, agarró a Edwin por el cuello del pullover y lo lanzó violentamente contra el sofá para acto seguido darle dos correazos en las nalgas. Edwin repuesto del susto salió corriendo a esconderse entre las patas de la mesa del comedor mientras mi madre dejaba las ollas en la cocina para implorarle que se detenga o que le partiría la cabeza con una sartén.

Ese día vi a nuestro padre llorar por primera vez. Yo estaba escondido en el estudio y pude escuchar el cuchicheo proveniente de la cocina; mi padre ese día juró que nunca volvería a hacer daño a ninguno de sus hijos y así fue; nunca más puso sus manos o la correa o algún agravio sobre ninguno de nosotros.

Con Edwin tuve a mi mejor amigo, mi compañero de juegos, mi compinche.

Es raro pensar que desde pequeño y a pesar de la sangre europea que corre por mis venas he preferido considerarme como chino, como mi abuelito, nacido en Beijing en los albores del siglo XX. Atravesó un océano para instalarse en Panamá donde conoció a mi abuelita proveniente de Francia. Los dos decidieron marcharse a Guayaquil en Ecuador para empezar una nueva vida sin el lastre del pasado. Borraron toda huella que pudiera atarlos a sus antiguas vidas. De allí me viene el espíritu nómada y aventurero. Me ha resultado muy difícil encontrar un sitio al que pueda llamar hogar.

Desde que tengo uso de razón, tomé decisiones que me marcarían de por vida como aquella de no comer con cuchara sino con cubiertos como cualquier adulto, o aprender matemáticas antes de ir a la escuela o utilizar

palabras que estaban lejos del vocabulario consuetudinario de un niño de mi edad.

Recuerdo una propaganda en la televisión mostrando productos de una empresa japonesa, entre ellos aviones de guerra; yo cerraba mis ojos y me tapaba los oídos para no escuchar ni ver esos aviones que causaban destrucción y muerte. Ese ruido me ha sido familiar toda la vida, quizás recuerdos primigenios de eventos que sucedieron en algún espacio/tiempo distinto al actual.

Uno de los recuerdos que me atormenta hasta el día de hoy fue el día que estábamos viajando en coche con destino a Guayaquil para visitar a nuestra familia. La ruta desde Quito, ciudad en la que residimos la haríamos por Pallatanga que es sinuosa, neblinosa y resbaladiza. Recordemos que, en esa época, en los años 70 no se acostumbraba a llevar el cinturón de seguridad. Iba peleando con Hugo, el hijo de mi nana y un primo de mi papá en el asiento trasero de un SAAB; en cierto punto ese par de monstruos me habían destrozado la moral y yo buscando protección agarré los hombros de mi papá desde atrás de su asiento haciéndolo asustar y perdiendo el control del vehículo, impactándonos contra la pared de roca de la carretera. Mi hermana Madeleine tenía meses de nacida e iba con mi mamá en el asiento delantero y para proteger a mi hermana del impacto la abrazó y la cubrió con todo su cuerpo, resultando fuertemente golpeada pero mi hermana menor sin un solo rasguño.

Ese día quería morir, había causado una desgracia mayor. Tenía ganas de salir del coche humeante y lanzarme al precipicio que había del otro lado. Creo que mi nana vio mis intenciones y me abrazó fuertemente por varios minutos, dejando inclusive a su hijo a un lado. Pensé que sería merecedor de una paliza, pero no fue así, y esa sensación de que algo andaba mal visto el comportamiento de mi padre me dejó perplejo.

Ese recuerdo me atormenta porque por años pensé que yo estaba descompuesto y que necesitaba una reparación o una exterminación, pero ¿quién podría repararme? Fue así que intenté a esa edad recabar mis recuerdos más profundos, los primigenios, aquellos que podría olvidar al convertirme en adulto y empecé a ver y a escuchar en mi cabeza rostros música desconocidos para mí. Soy el único de mi familia que gusto del jazz y blues y que tiene recuerdos de una plantación de algodón en Carolina del Norte y un viaje a Alabama.

Despertar de la inocencia primigenia antes que los demás nos trae más dolor que al resto; perdemos parte de nuestra niñez porque todo nos importa.